

# La Kukula

BOLETIN DE DIFUSION HISTORICA Y CULTURAL DE LA VILLA DE BURGUI SEPTIEMBRE 2016 Nº 43

## Nueva centenaria en Burgui: Mariana Ezquer Andreu

Desde el pasado día 19 de agosto el pueblo de Burgui cuenta con una nueva centenaria, se trata de Mariana Ezquer Andreu. Se da la circunstancia de que también el 25 de junio Orosia Sanz Bronthe cumplió 101 años.

Mariana Ezquer Andreu nació en Burgui el 19 de agosto del año 1916 en la llamada casa "Juan Grande". Era hija de Juan Ezquer Marracos y de María Andreu Zabalza, ambos naturales de Burgui. Juan era labrador y tenía un rebaño de cabras. También reunía cuadrillas de hombres para trabajar la madera en el monte, los llevaba hasta el lugar del trabajo y llevaba las cuentas.

A su hermano Eugenio, veinte años mayor que Mariana, le tocó ir a la mili a Cuba pero desertó y se marchó a California, donde se casó con Benita Esparza, también de Burgui, de casa "Juan Rosildo". Sus otros hermanos fueron Marcos Felipa, Alejandro y Nolasca. Tanto Felipa como Nolasca acudieron siendo jóvenes a trabajar en las fábricas de alpargatas de Mauleón, como tantas muchas otras jóvenes de Burgui.

Nolasca se enfrió, cogió una pulmonía y falleció allí, poco antes de que su padre Juan llegara desde Burgui a Mauleón al recibir el aviso de su enfermedad.

Mariana vivió en Burgui hasta el año 1943 cuando a los 27 años de edad contrajo matrimonio en Pamplona con José González Moreno, natural de Estella. José era el cobrador de la compañía de autobuses La Roncalesa que hacía diariamente el trayecto entre Pamplona y el Valle de Roncal. A través de este servicio de autobús se mandaban todo tipo de cosas: cartas, tabaco, revistas, lotería, productos de peluquería... A José se le recuerda como organizador y animador de las fiestas patronales de San Pedro ya que elaboraba un programa de festejos diferente cada año organizando carreras ciclistas y de sacos, cucañas...

La actual panadería de Burgui se inauguró en mayo de 1936 regentada por su hermano Alejandro. Al estallar la Guerra Civil dos meses más tarde, Alejandro tuvo que ir al frente por lo que tuvieron que hacerse cargo de la panadería Mariana y su hermana Felipa. Se levantaba, de mala gana, a las tres de la madrugada para acudir a echar la levadura. Su padre les animaba diciendo que la guerra duraría poco...

En octubre de ese mismo año debido a las fuertes lluvias el río Eska se desbordó a la altura del molino, bajando el agua en tromba por la carretera por lo que la panadería se inundó y les llegaba el agua a la cintura.

Al cumplir los catorce años dejó de ir a la escuela porque se acababa a dicha edad la escolaridad. Mariana recuerda que lloraba y lloraba porque ella quería seguir aprendiendo, si bien



su madre le consolaba y le hacía acompañarla a la huerta o al monte. Había unas clases nocturnas que se llamaban "la vela" donde acudían adultos y Mariana, en su afán por aprender, no se perdía una.

Su maestra se llamaba Doña Filomena Ondarroa y la escuela estaba ubicada en la Casa de la Villa. Allí aprendió de memoria esta fabulilla: "Varias personas comían con afán desordenado y una tajada miraban que habiendo sola quedado, por cortedad respetaban. Uno la luz apagó para atraparla con modos, su mano al plato llevó y halló las manos de todos, pero la tajada no".

Recuerda que el párroco Don Lorenzo no les dejaba ir a bañarse al río e iban a escondidas al "pozo de los Curas". Le encantaba nadar. Su hermana Felipa, seis años mayor que ella, acudía a trabajar a las fábricas de alpargatas en Francia y a su regreso le traía regalos como paraguas, zapatillas, telas y otros productos de los que carecían en Burgui.

De pequeña relata que jugaba con Teófila y Pilar, de casa "Tía Casimira", y con Dora y Gregoria, de casa "Tía Ursula". Además de a la comba, jugaba al "catucil" con dos palos, uno corto y uno largo. Consistía en lanzar uno hasta donde se colocaba el otro y tenía que tocarlo o aproximarse a él.

En su casa tenían cerdos y se mataban dos cada año. Los alimentaban con menudillo y con verduras de la huerta. A Mariana le gustaba cuando era niña llevar el "presente" a algún vecino que no hacía matanza y al que se le daba algo.

Desde La Kukula queremos trasladar a Mariana, memoria viva de los últimos cien años, nuestro cariño, homenaje y reconocimiento por su centenario, a la vez que agradecerle estos testimonios y recuerdos que ha compartido con nosotros. De igual modo, agradecemos la información facilitada por su sobrina Conchita Ezquer y, especialmente, a su hija Gloria, que nos ha transcrito estos recuerdos.

# Golondrinas

## Del Rosario a la alpargata

Cinco misterios desgranados cuenta a cuenta, y las letanías rematadas cada una de ellas con la cantinela repetitiva del ora pro nobis; eso era, y es, el rezo del rosario, una oración que el 7 de octubre, festividad de la Virgen del Rosario, adquiriría en la iglesia parroquial de Burgui una solemnidad especial. Finalizaba esta oración con el rezo de la Salve, recitada unas veces, cantada otras, preferiblemente en latín, con todas las vecinas y vecinos mirando fijamente a la imagen mariana que, bajo la advocación del Rosario, ese día presidía esta oración colectiva.

Finalizado este solemne momento, en los bancos ocupados por las niñas, se daba paso a otro momento no tan solemne, pero tremendamente emotivo. Era el momento de iniciar las despedidas. Sí, las despedidas. Ese día, ¡ese momento!, finalizado el rosario, era el elegido por las niñas adolescentes de Burgui para salir valle arriba con el objetivo de pasar al otro lado del Pirineo para ganarse allí la vida, durante el invierno, en la fabricación de alpargatas. Atrás quedaba la época estival, las semanas de trabajo en Sasi o los Sotos, las tareas de las hierbas, la ayuda doméstica en casa... atrás quedaba una etapa de trabajo, y otra por delante.

Los equipajes habían quedado preparados; algo liviano, cuatro ropas de abrigo, algo de calzado y la consabida foto de unos padres, debidamente enmarcada, a los que querían tener bien presentes en sus recuerdos. Y el invierno por delante, tan duro a un lado como al otro. El invierno del Pirineo.

En la plaza esperaban algunos hombres con las caballerías preparadas, bien cargadas con los hatillos sobre los bastes, dispuestos a acompañar su marcha hasta la muga, hasta el "cerro de las latas" en Arrakogoiti. A partir de allí no procedía aventurarse ellos sin un salvoconducto que justificase su paso por la frontera.

Se atiborraba la plaza. Burgui era pueblo pequeño, es decir, todos eran parientes, o al menos esa era la sensación. Allí estaban para decirles adiós. Algunas veces se incorporaban aquí algunas mozas de Salvatierra, incluso de Sigüés, hijas también de la necesidad. Allí estaban madres y hermanas, también los hombres, pero mucho menos dados a exteriorizar su angustia y sus emociones. Ellas, risueñas, exhibiendo juventud, todas amigas, vestidas de negro con saya y corpiño, dispuestas a ganarse el jornal, aun sabiendo que a su regreso no podían pasar divisas, que tendrían que convertirlas en telas, bordados, mantelerías, bisutería... con la obligatoriedad de declarar todo ello en la aduana; o, en algunos casos, pasar las mercancías o las divisas de forma clandestina a través de sus parientes que, haciendo de la noche su cómplice, cargaban las mulas para conducir las desde el otro lado por caminos no vigilados, anticipando y anunciando así la llegada de ellas en su regreso primaveral.



Y las caballerías, con ellas sobre su lomo, iniciaban su marcha por el Camino Real mientras unos y otros agitaban los pañuelos como mejor forma de decirse adiós. Lágrimas escondidas, emociones ocultas, incertidumbre... y ellas alejándose valle arriba mientras los cascos herrados pasaban a convertirse en el

único hilo musical. Sin volver la vista atrás. Las campanas de la iglesia eran su última referencia sonora de Burgui. Tenían horas por delante para ir rumiando en su cabeza los consejos de la madre: *Escríbenos unas letras para hacernos saber que has llegado con bien... ¡Abrígate los pies!... No os separéis las del pueblo... Que vean que sois trabajadoras... Vete haciéndole allí un hueco a tu hermana... No dejéis de ir a la iglesia...* Sabían que iban a añorar a la familia, que el paso de las semanas daría paso a la nostalgia. En algunas familias, como en casa Lupercio, todas sus hijas (Gerónima, Aleja, Eugenia y María) llegaron a partir hacia Mauleón para trabajar en fábricas de alpargatas.

En el cruce de Vidángoz se sumaba alguna más. Lo mismo en el de Garde, y en Roncal, Urzainqui... Desde Isaba era una larga caravana la que partía hacia Belagua con destino a la Venta de Arrako, primera noche fuera de casa. Allí se juntaban con las ansotanas y con las de Fago, que habían tenido una travesía bastante más dura, subiendo desde Ansó hasta Punta Idoya, y por Berrueta a coger el paso entre la primera y segunda peña de Ezkaurre, Ezkaurri que decían ellas; y por ese angosto paso, también llamado "Paso del Oso", bajaban a Belabarce, atravesando ese valle buscando la línea recta hacia Arrako, forzando así la salida a Belagua por Maze.

Eran sus últimas horas de estar juntas, allí, al calor del fuego de la cocina de la venta. Era también, para las roncalesas, su despedida del valle. Alumbradas por algún candil de aceite tratarían de robarle horas al sueño a pesar del cansancio, no había otra oportunidad de estar juntas, de ponerse al día de dimes y diretes, de escuchar confidencias amorosas...

Y al amanecer, después de un buen desayuno, después de despedirse de Nuestra Señora de Arrako en la misma ermita que a algunas de ellas les había servido de cobijo esa noche, iniciaban el verdadero ascenso, ¡eso sí que era subir!, ¡y contentas de que no hubiesen caído ya las primeras nieves!.

La larga caravana enfilaba hacia Juan Pito, y desde allí hacia Arrakogoiti. Era el momento de separarse. Las menos, por la falda de Lágora y el collado de Eraiz, buscaban el collado de Ernaz para bajar desde la Piedra de San Martín hacia Arette, Olorón... Las más, por el propio collado de Arrakogoiti, entre Lakartxela y Bimbalet, iniciaban su descenso hacia Santa Engracia, no sin antes haber despedido a sus familiares y a las caballerías que

en ese mismo punto saldrían a su encuentro en la primavera. Y ellas solas, con sus largos faldones, con su hatillo en la mano, por Venta Dominica, por la Caserna, bajaban hasta Santa Engracia y enfilaban hacia Mauleón, o hacia donde le tocase a cada una. Mayoritariamente iban a las fábricas de Mauleón. Por aquellos caminos, o ya en el propio destino, las roncalesas y las ansotanas se juntaban con las salacencas que habían empleado los caminos tradicionales que el Salazar tiene con Zuberoa.

Las calles de Maule (Mauleón) vivían esos días una animación especial. Se notaba en las tabernas, en las tiendas, en las calles. Lo primero era asegurarse el alojamiento, ya apa-

labrado de antemano. Y lo segundo era dar vida y producción a aquellas florecientes fábricas de alpargatas. Unas más modernas que otras, en unas se trabajaba en serie sobre una larga mesa, y en otras se mantenía el sistema tradicional de antaño, es decir, el trabajo individual sobre banco de alpargatero. Había que manejar el cáñamo, el yute, la lona, aguja y lezna... había que hacer y coser las suelas, montar empeines y taloneras de lona, coser con arte y con rapidez, sin apenas tiempo al ocio... Eran seis meses de duro trabajo, seis meses manteniendo en su cota más alta a las afamadas espardeñas de Mauleón.

Buscaban tiempo para escribir a casa y contarles cómo les iba; buscaban tiempo para el paseo, oca-



sionalmente para el cortejo con algún mozo; imposible olvidar el ambiente navideño, todas juntas, lejos de sus familias, constituyendo ellas una gran familia especialmente en esas fechas. Y trabajar, y trabajar, y trabajar... Entre puntada y puntada dejaban volar muchas veces la imaginación y se veían paseando por la calle Mayor de Burgui, o asomadas al pretil del puente, o por Karkarutxea, o jugando en los Cuatro Arbolicos, o viendo pasar al "obispo" con toda su comitiva de pedigüeños... Pero su realidad estaba allí, entre aquellas paredes, entre aquellas familias que les acogían, entre aquellos mozos que les rondaban.

Finalmente llegaba la primavera, era el momento de las últimas puntadas, del final de la temporada. Era el momento de cobrar un buen puñado de francos, predestinados a ser requisados en la aduana si no los convertían en productos y mercancías. Era el momento

de comprarse buenas telas, buena pasamanería para sus trajes de roncalesas, buenos relojes, chocolate... "Salimos el día 30" habían anunciado discretamente en una carta; y padres y hermanos pasaban de noche la muga y les aguardaban en el bosque para hacerse cargo de todas las mercancías, dejándoles únicamente un pequeño equipaje. Y era así como dejaban atrás

a sus amigos, y a sus familias adoptivas, y arriba les aguardaban los guardias que revisaban sus equipajes y se asombraban de lo poco que tenían para declarar. "Ha sido mal año", se justificaban, y mientras tanto, por la peña de los Buitres, por la falda de Lakartxela, a veces por Roizu o por Mintxaturrea, por Ardididegaina, la noche era testigo de aquellas caravanas de mulas que evadían aduanas y tricornos, para que el dinero ganado por hijas y hermanas no mermase en beneficio del Estado o de no se sabe quién.

Y allá, al final del valle, o al principio, según se mire, estaba Burgui. Aquellas campanas que meses antes habían sido el último sonido que de su pueblo habían escuchado, eran ahora el primero. Las hermanas pequeñas, los novios, los más impacientes, salían ya a su encuentro hacia el molino de Roncal. De nuevo en casa, de nuevo a las hierbas, de nuevo al ganado... Era la vida del Pirineo, la vida de las mujeres que fueron niñas, la vida de quienes aquí y allí, con los de aquí y con los de allí, hablaban una misma lengua vascongada.

Las alpargatas se ponían en el pie, y de un lado y del otro subían las cintas por la pantorrilla entrecruzándose para quedar bien amarradas, unidas en fuerte lazo. Así ha quedado la sangre del Pirineo, entrecruzada, atada con fuerte lazo, gracias a aquellas muchachas que desde mediados del XIX hasta los años cuarenta del XX ejercían de golondrinas: de negro, marchándose en el otoño, y regresando en la primavera.

Pronto llegará de nuevo la fiesta de la Virgen del Rosario, el 7 de octubre, momento de recordar a nuestras últimas alpargateras de Burgui. Entre otras muchas: Servanda Aznárez Solanilla (casa Fayánás), Evarista Mainz Lampérez (casa Martineta), Cirila y Trini Gárate Ustés (casa Aso), Micaela Fayánás Mainz (casa Juan Babil), Felipa Ezquer Andreu (casa Juan Grande), María Pérez Pérez (casa Lupercio), Juliana Mina Iriarte (casa Mendive). Y en especial a todas aquellas otras que nunca más regresaron al pueblo que les vio nacer.



## Burgiberria... nuevo Burgui

Más de uno se sorprenderá al enterarse de que en el valle de Roncal la villa de Burgui no es el único núcleo de población que tiene ese nombre. Lo encontramos también en la villa de Isaba, se trata de uno de los barrios de esa localidad, cuyo nombre es Burgiberria.



Algunos han querido traducir este topónimo como "nuevo burgo", pero sería el primer caso en el que en un topónimo se mezclan dos lenguas. La hipótesis más verosímil es la de "nuevo Burgui".

A pesar de que Isaba tiene censos de población desde 1426, es en el de 1612 cuando se cita los nombres de los barrios, y es allí cuando encontramos por vez primera al barrio de Burgiberria. Una lectura detallada de todos los procesos judiciales que se conservan en el Archivo General de Navarra nos permite descubrir que en el siglo XVI ya existía este barrio.

¿Se trata de un éxodo de vecinos de Burgui a Isaba a causa de algún incendio o de alguna epidemia?, ¿se trata de una respuesta a la conquista castellana del castillo de Burgui?. No lo sabemos, aunque más parece lo segundo que lo primero a juzgar por el tipo de apellidos que lo habitaban en aquel siglo, y a juzgar también por el hecho de que este barrio se estructuró en su origen en torno de dos torres defensivas (torre de Ortíz y torre de Esandi).

Sea lo que sea, que sepamos que al norte del valle de Roncal, Burgui también es un núcleo de población que, caprichosamente, albergó una nivera como la que tenemos en nuestro Burgui.



Una nivera que también correspondía a un castillo, al de Isaba. Para custodiar esa construcción se alzó junto a ella una torre defensiva, hoy reconvertida en la actual casa Esandi, y en torno a esa torre fue naciendo un nuevo barrio, el de Burgiberria, fuera del recinto amurallado de Isaba

## Robo de trigo en el molino en 1898



El Eco de Navarra informaba que "la noche del 16 al 17 del actual (1898) fueron sustraídos del molino de la villa de Burgui 60 robos de trigo, 47 pertenecientes al molinero Bruno Aznárez y 13 al vecino José Francisco Pérez, que el día anterior los llevó para moler. El juzgado municipal practica diligencias en averiguación del autor o autores del hecho, habiendo sido detenido como sospechoso Domingo Ayerra Arcal, al que se le encontraron en su casa 49 robos de trigo". El Heraldo de Navarra en su edición del 8 de mayo de 1898 informaba de la sentencia condenatoria: "El tribunal de derecho con arreglo a las contestaciones del veredicto y después de concluidos sus brillantes informes orales la acusación y defensa, ha dictado sentencia condenando al procesado Domingo Ayerra Arcal a dos años y cuatro meses de presidio correccional y a la indemnización de ciento dos pesetas y cincuenta céntimos a la parte perjudicada y el pago de costas". La acusación lo tuvo fácil: el saco robado tenía un pequeño agujero por el que se fue dejando rastro desde el molino hasta la casa. No debería ser delito robar por hambre y menos aun si es trigo para poder alimentar a una familia...

## Una boda rumbosa en 1916

Así titulaba El Pueblo Navarro en su edición del 3 de marzo de 1916 informando que "el último domingo se han unido en matrimonial enlace en esta iglesia parroquial la Srta. Antonia Recari con el simpático joven José Hualde. Firmaron el acta D. Guillermo Larequi, alcalde de esta villa y primo del novio; D. Fernando Laspidea, tío del mismo y concejal del Ayuntamiento; y D. Antonio Recari, tío de la desposada. Bendijo la unión D. Cesáreo Olleta, cultísimo sacerdote de esta parroquia asistido en representación del Juez D. Valentín Vicente, celoso secretario de este Juzgado y Ayuntamiento. El sexo fuerte estaba representado por D. Atanasio Recari y D. Joaquín Hualde, padres de los contrayentes: D. Luis Aisa, D. Ramón Alastuey, D. Casimiro Vistuer y los jóvenes Braulio Recari, Ponciano Hualde y otros varios. Del sexo bello vimos a D<sup>a</sup>. Margarita Hualde, Srtas. Angela y Donata Elizalde, Atanasia Urzainqui, Petra Hualde y Narcisa Alastuey y la niña Sebastiana Urzainqui. Todos fuimos obsequiados espléndidamente en casa de los padres de la recién casada. Reciban los nuevos esposos nuestra sincera felicitación y deseamos que sea eterna su luna de miel".

## Caída de un niño del campanario en 1929



Diversos rotativos de la época informaron del suceso de la caída de un niño desde el campanario de la iglesia de Burgui ocurrido el 6 de diciembre del año 1929. Según la prensa, "al voltear las campanas de la iglesia parroquial el muchacho de doce años Inocencio Urzainqui fue alcanzado por el tornillo que sujeta el yugo de una campana, se le engancharon las ropas y lo lanzó a la calle desde una altura de veinte metros, resultando el muchacho con diversas heridas de pronóstico reservado". El periódico La Libertad aseguraba incluso que "quedó muerto en el acto". Sin embargo, milagrosamente, Inocencio, de casa Borro, sobrevivió a la caída.

Edita: Asociación Cultural La Kukula

Depósito Legal: NA2358-2015 www.lakukula.com - info@lakukula.com

Boletín impreso con la colaboración de:



Ayuntamiento  
de Burgui  
Burgiko  
Aiza Bulgua